
CAPITULO V

LOS PARTIDOS POLÍTICOS EXISTENTES.

I

TAL vez algunos, que profesan la patriotería por patriotismo, culpen el lenguaje duro que he usado en los capítulos precedentes. Es una herejía hoy pintar los defectos de un pueblo; es un atentado de lesa-patria describir los estragos que causa la ignorancia en una nación viril, pero poco culta. Y todo ello por el mal entendido patriotismo.

Para muchos, lo nuestro es sublime, admirable: las encrucijadas y los asaltos de antaño, aunque hayan sido actos de bandolerismo, penados por la ley, son recuerdos históricos, dignos de respeto y veneración. Las patrullas de ladrones, el desaseo del pueblo, la poca inventiva de los habitantes, los deslices de la «gente profesa,» los raptos y los secuestros de las personas de título, son rasgos de heroísmo que honran los preclaros antecedentes de raza. Las aventuras de mal género, las intrigas palaciegas, las traiciones, los martirios y tormentos, la opresión de un pueblo

bajo un régimen despótico, el relajamiento moral de los que mandaban; todo es grandioso, porque pertenece á épocas pasadas, acreedoras á la gratitud, porque . . . aun quedan las señales de sus lecciones en las llagas de nuestras manos, ó en las cicatrices de nuestras heridas, hechas con el látigo domador.

Decir todas estas cosas, es ser ingrato, es lastimar la memoria de nuestros pasados, es ofender el decoro de nuestros padres. Expresar opiniones adversas á los ya idos mandatarios, es desconocer los antecedentes de raza, idioma, religión y costumbres. Declarar francamente contra los vicios de aquella edad fatal, es atraerse enemigos, fabricar adversarios, labrar odios y rencores, y— aun peor que todo— renegar del origen y profanar la sublimidad de aquellos errores, que se ha dado en llamar benditos. Condenar tropeñas, ultrajes, perfidias, asesinatos en las sombras, es carecer de corazón, no tener sentimientos ni profesar tranquilidad de raciocinio. Descorrer el velo tenebroso de lo que fué, y exhibir tanta podredumbre ante la historia contemporánea, para que ella juzgue y dicte sentencia, es cometer el peor de los delitos, incurrir en el desprecio de los amigos de esa pléyade ya sumida en la quietud de los sepulcros, sin nombre ni títulos imperecederos de gloria. Predicar á la luz del día tanto hecho punible de las almas muertas, para vindicar los fueros de la justicia lastimada, es caer en la excomunión de los que, en el día, siguen los ejemplos de quienes debieran ser quemados hasta en sus urnas mortuorias.

En una palabra, decir la verdad, no le es dable á un mortal; porque, según los ya expresados filóso-

fos, no hay que mover los hechos idos, que son reliquias de una época llena de episodios románticos. ¡Una monja salvando los muros del convento, para echarse en brazos de su amante, esto sólo forma una página sublime! ¡Un reverendo que de despecho penetra en los recintos de un claustro, porque no pudo conquistar el amor de una cortesana, es un modelo de resignación cristiana!

Tales cosas, no son para referidas, sino para respetadas. ¡Como si la verdad tuviere cortapisa, y la historia que establecer distinciones!

Todo delito es punible, y todo ciudadano tiene el derecho de denunciarlo ante la humanidad, ante la historia misma. Si la verdad fuese un crimen y ciertos hombres tuviesen el privilegio de cometer abusos, sin que la justicia los escarmentara ni la historia los pudiera señalar, la virtud sería un mito, las promesas de ultratumba consejas ridículas y el orden moral un fango inmundo. En una expresión: toda doctrina salvadora estaría sin base, todo consuelo sin objeto; la sociedad sería una reunión de gente depravada, y la religión del hombre tendría que ser, forzosamente, una burla sangrienta, sujeta á las veleidades y caprichos de la voluntad humana. ¿Es concebible este estado de cosas? Si tal aconteciera, los problemas sociales se complicarían, el fin del hombre sería una enigma; la filosofía, la historia y el dogma, aparecerían como ideas vagas y sin fuero á los ojos de la humanidad.

¡Imposible la existencia en tales circunstancias! La vida sería un caos, en el que sentaría su trono de roca y granito la duda. Sin freno y sin ideas superio-

res, ¿qué sería el hombre, entonces? La psicología vendría por tierra y sin fuerza que ejercer, la ética flotaría sobre nuestras cabezas como una visión imposible de tocarse: ¡etérea, intangible!

¿Se concibe así la vida humana? Convengamos, pues, en que, en el orden moral, todo delito tiene su castigo y toda acción buena su premio; y esto sin distinción de clases, ni exceptuando edades. El escalpelo de la historia comprende á todos, porque nadie está exento de ser humano.

¿En dónde está la razón filosófica que establece inmunidad para ciertos criminales? ¿Qué filósofo se ha atrevido á predicar tales doctrinas? ¿Qué orador ha osado implantar principios que lastiman los fueros de la ética y ofenden la esencia del dogma religioso?

Es indudable, que si hubiere quien tal pregonara ante la muchedumbre, es digno de ser quemado en las plazas públicas, porque atenta contra el orden moral. Y si la filosofía propagara ideas tan disolventes, yo renegaría de la propia existencia. Aun más: si la religión me impusiera una creencia idéntica, diría que ella no es de procedencia divina, porque Dios es principio inmaculado y puro sobre que descansan la moral y la justicia, y no puede establecer leyes que condenen al inocente y premien al criminal, que es lo que darían por resultado doctrinas tan disolventes.

Condenar, pues, á los delincuentes, en vez de infringir principios legales, se cumple con un deber; porque señalar las acciones malas, es prestarle un servicio á la humanidad. ¿Y puede con esto, faltar al respeto ó á la gratitud quien tacha vicios, reprueba crímenes é impugna el retroceso? Creo que no; por-

que la gratitud, el respeto y el conocimiento de lo bueno, son virtudes también y de un orden superior, pues son el patrimonio de toda la humanidad: la colectividad está antes que el individuo, la familia que sus miembros aislados, la sociedad completa que el sujeto concreto, la nación que los pueblos. Porque los unos son personalidades que entran como partes en el todo que forman los segundos.

No hay razón para que pase cosa distinta, en tratándose de la verdad histórica. El haber existido antes que nosotros nuestros mayores, no es argumento que los hace inmunes y los pone á salvo de los inexorables juicios de la crítica. Esta penetra en todas las conciencias, aplica su saeta punzante á todos los corazones; juzga todos los actos, y absuelve ó condena, según los méritos que encuentre.

Quienes se indignan con estas reflexiones, muestran la poca seguridad en el triunfo, la ninguna justicia de su causa, y preven los cargos terribles que deben hacerles las generaciones venideras. Tras del misterio personal, suele haber conciencias raídas, corazones negros y almas hechas trizas en fuerza de las imprudencias cometidas.

El enojo, la ira, el odio, contra el que predica la verdad, son señales de delito que se pretende ocultar, crímenes que se hunden en el misterio, horrores que envuelve la sombra. El malestar, la inquietud, son hijas de los pechos débiles, ó que presienten la narración de hechos punibles.

De lo contrario, ¿por qué se quiere invocar favores, productos de las circunstancias, recuerdos que ya pasaron, hechos que ni huella han dejado: el amor

á la familia, el cariño de raza, el sentimiento de religión, la gratitud de idioma y costumbres, para hacernos olvidar lo que la historia jamás olvidará?

Dígase lo que se quiera, esta conducta, ó es un misterio sospechoso de quienes la ejercen, ó sus progenitores, derrotados y vencidos, no encuentran mejores argumentos para justificar á los suyos.

Atacáis á España por los horrores que cometieron sus conquistadores en México, debéis no usar su idioma; la tildéis de ignorante y retrógada, opresora y esclavista, abandonad las costumbres que os dió, mal agradecidos; la critiquéis por su constante estado refractario al progreso, recordad que os enseñó á sembrar patatas con arados antidiluvianos; si os burléis de su ambición y poco acierto en el manejo de sus colonias, desde luego nos echan en cara las colecciones de leyes que estipulaban religiosamente el pago de los tributos al rey.

En verdad, yo no me explico hasta dónde puede llegar el espíritu sectario en este sentido. Si á circunstancias distintas se atribuyesen los horrores que asolaron el país de los aztecas en tiempo de la dominación española, sería aceptable tal proceder; pero palpar la abyección en que aun han dejado al indígena, los errores que cometieron los muchos virreyes que gobernaron á la entonces Nueva España; recordar los estragos de la inquisición, contemplar—en espíritu y en verdad—una ambición de dinero y sangre que no se saciaba con nada ni por nada; considerar á tanto infeliz indio convertido en bestia de carga; ver el discurso de aquellos audaces aventureros sobre el distinto origen del indio y considerarlo inferior á ellos

en su esencia, es tanto como desconocer, aun á través de los tiempos, los fueros de la justicia y hacerse cómplices de aquellos infractores de las leyes divinas y humanas; es ponerse á la sombra de la Cruz, para quedar impunes.

¿Esto es cristiano? ¿Esto es ser racionales? ¿Esto es rendir tributo á la historia? No; todo esto es falsía, maldad refinada de almas que son incapaces de nada bueno y noble.

Ahora, lanzadme el anatema.

II

Lo expuesto, á veces, cohibe al individuo y coarta la libertad de la palabra. ¿En cuántas ocasiones se opta mejor por el silencio, máxime si lo rodean á uno almas cobardes, egoístas y mezquinas?

No pertenezco yo, por cierto, á ese grupo que teje en la sombra; mis ideas religiosas, mi credo político, mis convicciones sociales, me han hecho predicar, sobre los techos y bajo los rayos del sol, mis principios. Que los miserables me retraten, ya la historia se encargará de darme lo que me pertenece por equidad de justicia.

En condiciones terribles, me he resuelto romper el silencio, para señalar los defectos de nuestra organización política. ¿Acarrearé las iras de los que, obrando siempre mal, salen peor parados en esta obra? Es difícil prever los resultados. Pero estando en estas latitudes de luchas políticas, será mejor esperar, antes de afirmar: ver para resolver.

III

Me encuentro en medio de verdaderos grupos políticos, algunos de ellos extensos y bien armados, semejando ejércitos disciplinados que responden al imperio de una sola voz de mando. Pero los que más sobresalen son los siguientes (unos tienen jefe conocido, otros lo tienen anónimo, como las sociedades financieras): Partido Conservador y Partido Liberal. De los que se desprenden: el partido porfirista, partido científico, partido reyista, partido clerical y partido católico. Existe otro que se denomina jacobino, el cual puede pertenecer á los católicos ó á los liberales; en consecuencia, siendo los jacobinos unos extremos y exaltados, pueden ser llamados jacobinos católicos ó jacobinos liberales, según que pidan por jefe á un cura, ó bien á un hijo de la revolución. Estos políticos son excesivamente peligrosos, porque tienen la idea de la destrucción constantemente; son como las fieras del bosque, siempre están oliendo á sangre humana, y todo el que no piensa como ellos, es enemigo declarado de ellos.

En el transcurso de este libro iré estudiando los vicios, primero, y las virtudes, después, de los diferentes partidos arriba apuntados. Pero antes convendrá dar una ojeada á la situación que actualmente guarda la república, á fin de que el lector pueda apreciar la cuestión desde cualquier punto de vista. Para esto, no será por demás tampoco retroceder en la observación histórica.

CAPITULO VI

CONSIDERACIONES TRISTES. ¡TREINTA AÑOS ATRAS!

I

DIRÍJASE la mirada á lo pasado, estúdiense con calma los sucesos idos, medítense de un modo sereno y tranquilo en las consecuencias de las cosas pasadas, ábranse las hojas de la historia, y se verá claramente que nuestro país ha pagado más de lo que debe en la balanza de la justicia, ha satisfecho con creces sus cuentas pendientes. Retrocédase en el tiempo y en el espacio (como diría un obispo de voz de tiple), y se tendrá una diferencia colosal, enorme, entre lo que fuimos y lo que somos, entre nuestra condición pasada y la que ostentamos ahora.

Al solo recuerdo, basta para considerar los caminos que hemos tenido que recorrer, para llegar á estas alturas. Pero es preciso examinar un poco, detener los vuelos de la imaginación y entrar en ciertos pormenores, ocultos, porque se los quiere ocultar, para engañar á los incautos.

Vuelvo á decir: la verdad es amarga, pero no deja